

desaparecido la disciplina en el Clero, fué para que despues brillase con mayor resplandor.

Al concluir esta empresa difícil, da principio á otra no menos ardua. El desórden se habia comunicado hasta los monasterios de las vírgenes: estos lugares destinados para asilo del pudor y de la inocencia, se habian convertido en moradas del vicio, llegando á tanto el exceso, que las esposas de Jesuchristo vivian derramadas en las calles y plazas de Roma. ¡Qué relaxacion tan monstruosa! Pero Domingo se interesa, y las vírgenes christianas, obedientes á su voz, detestan la infeliz libertad que se habian usurpado contra los vínculos de su perfeccion, y haciendo un eterno divorcio con el siglo, se encierran para siempre en la casa de San Sixto.

Restaurador de la disciplina en Roma, pasa Domingo á la Etiopia y Mauritania á conquistar nuevos enemigos, por entre zarzas y espinas se abre paso para ir á tratar con unos pueblos sin principios, distintos de los demas hombres por las tinieblas en que viven, y por la insensibilidad de su corazon. ¡Os parece, Señores, que su zelo se intimidaria á vista de unas naciones feroces acostumbradas á devorar á los de su especie? No lo creais. Domingo es un nuevo Daniel, que sabe jugar con los leones y los osos; él esfuerza su voz en medio de unos pueblos que apenas parecen hombres, y en breve levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ídolos, ata al carro de Jesuchristo los preciosos despojos del paganismo, y se puede decir sin mucha exágeracion, que en el Oriente de la Iglesia no se bautizaron en un solo dia mas Neofitos, que en aquellos paises de horror y de confusion. Francisco, alentado de igual espíritu, nos pre-

senta á la vista otros tantos testimonios de su zelo. Vedle, Señores, atravesar de nuevo el Mediterraneo para correr toda la Palestina consagrada con las huellas del Mesias, regada con los sudores de San Simon y San Matías, pero abandonada despues á los delirios del Mahometismo, y sepultada en las tinieblas de la ignorancia. ¿Podrá prometerse Francisco sucesos felices en el centro mismo de la sensualidad? ¿Abrazarán el Evangelio unos pueblos esclavos de la preocupacion, sectarios acérrimos de Mahoma, y enemigos declarados del christianismo? ¿Quién podrá persuadirles que en otra Religion serán mas felices que en la suya? No obstante, un hombre amparado del cielo puede facilmente desvanecer las imposturas de un falso Profeta. En efecto, Asís se vale de las persuasiones, de las instancias y de los exemplos, y enarbola las vanderas del Evangelio sobre los torreones del Mahometismo; anuncia á esta nacion ilusa la falsedad de su Alcorán, lo ridículo de su culto, y el exceso de sus delitos, la hace abrazar el camino de la verdad, y toma posesion de aquel dichoso pais, teatro de nuestra redencion, para transmitirle en sucesion hereditaria á su posteridad.

Este triunfo no fué mas que un nuevo soplo que avivó su zelo para multiplicar servicios á favor de la Iglesia. A la manera que el sol sin cansarse jamas en su carrera, la renueva cada dia para bien de la tierra, del mismo modo Francisco vuelve presuroso á la Europa, y recorre una y otra vez sus antiguas conquistas para hacer florecer de nuevo las virtudes. ¿Y de qué arbitrios se valió su ingenioso espíritu para conseguirlo? Oid un admirable proyecto, ignorado desde el nacimiento del christianismo, y reservado para el incomparable Asís. Ya en la Iglesia de Dios habia muchos Monaste-

ríos donde se refugiaba la inocencia contra los asaltos de un mundo impostor; pero faltaba en medio de los bullicios del siglo, y en el seno mismo de las familias, un asilo comun donde pudiesen acogerse personas de ambos sexos, y de todos los estados y condiciones. ¿Y qué hace Francisco? Medita un nuevo plan que le inspira su ingenioso zelo, y él mismo pone en execucion el designio; funda un Orden de Penitencia capaz de santificar á toda suerte de hombres: un Orden que ha hecho extraordinarios progresos en la virtud, y ha llenado la Iglesia de eterna complacencia; un Orden, al fin, que ha poblado el mundo de Santos, y ha servido de gloriosa cuna á los Luises de Francia, á las Isabelas de Ungría y Portugal, á las Rosas de Viterbo, á las Margaritas de Cortona, á los Roques, Elsearios y Conrados.

¡Qué servicios tan útiles y tan interesantes á la Religion christiana! Yo callo por no fatigar vuestra atencion un inmenso catálogo de hechos prodigiosos, y muy importantes á la Iglesia que pedian un Panegírico entero, porque me contento con acordaros un solo establecimiento el mas esencial y decisivo del zelo apostólico de Domingo y Francisco, obra principal que ocupa un lugar muy distinguido en los fastos de la Iglesia, y exigia todo el espíritu y toda la destreza de estos dos héroes del siglo XIII; esta es la fundacion de las dos Sagradas Religiones de Predicadores y Menores. ¡Ah, con qué honores podrá pagar la Iglesia lo que debe á estos dos Santos tan grandes, de quienes se valió Dios para multiplicar por medio de sus hijos la gloria y las riquezas de Israél! Porque Señores, ¿quién podrá, no digo ponderar, pero ni aun referir los progresos que ha logrado el Christianismo con estos dos establecimientos? Apenas se levanta

la cuna de estas dos grandes tribus, quando ya la Europa, la Asia, el Septentrion y el Mediodia se hallan habitados por sus hijos, instruidos con su exemplo, y santificados con su zelo; la Iglesia Romana se vé precisada á ensanchar sus basilicas para dar culto á los Antoninos, Raymundos, Pios, Alcántaras, Regalados, Bernardinos, Luises, Diegos y Baylones, luminares de primer orden que brillan en las mansiones del Empireo, cuya memoria no acabará con el mundo.

El Vaticano pronuncia sus oráculos, y promulga honores inmortales á los gloriosos triunfos de los Danieles, Hugolinos, Bautistas, Juanes de Prado, Berardos y Leones, héroes invictos, comparables con los mas esforzados atletas del siglo de oro, que entregaron sus gargantas al cuchillo, y tiñeron con su sangre las mazmorras de Africa, y los cadahalsos de la Belgia; las naciones del Oriente, del Aquilon y del Occidente manifiestan su regocijo al escuchar los ecos apostólicos de los Jacintos, Vicentes, Paduas, Capistranos y Jacomes de la Marca, que como ligeras exhalaciones volaron á las regiones de España, Lusitania, Italia, Alemania, Ungría, Polonia, Bohemia y Armenia para sembrar la palabra divina; las montañas del nuevo mundo abaten sus soberbias cumbres para recibir á los Luises, Beltranes, Solanos, Buenaventuras y Bolaños, que como fecundas nubes derramaron sobre ellas el saludable rocío de la divina gracia; las Universidades del Orbe abren sus Liceos para que suban á sus cátedras los Antoninos de Florencia, Hugos, Albertos Magnos, Escotos, Alexandros de Alés, Mayrones, Bañez y Victorias. Pero olvidemos estos ingenios sublimes que han dado tanto esplendor al Claustro y á las Academias; porque para gloria inmortal de tan ilustres Patriarcas bas-

tan los dos oráculos de la Iglesia, los dos Angeles exterminadores del error, los dos Salomones de las escuelas, las dos lumbreras mayores de Italia; así llamo yo al incomparable Aquino, y al Serafin Buenaventura; Príncipes de la Teología, Doctores ecuménicos, vivas copias de los Santos Padres, y órganos incorruptibles por donde hablaron todos ellos.

¡Qué honor para un Santo Tomás, ver que los mismos Obispos de Roma, Jueces infalibles de las controversias, descienden del trono Pontificio, y consultan sus admirables escritos para terminar las diferencias que turban la Iglesia! Los sagrados Concilios congregados en Viena, Constanza y Florencia, forman sus Cánones tomando cláusulas á la letra de sus obras para condenar á los discípulos de Wiclef, Lutero y Calvino: el Sínodo general de Trento, aquella asamblea tan augusta, manda poner sobre un mismo altar la Suma Angélica, y la sagrada Biblia en presencia de todo el Concilio para resolver las dudas, y degollar los monstruos de la heregía. ¿Qué elogios podremos dar á este hombre extraordinario, á este pasmo de la sabiduría, á este prodigio de los entendimientos? ¿Habrà lengua tan fecunda que sea capaz de dar alguna idea de su incomprehensible talento? Pero yo me engaño, porque en una sola palabra se encierra su mas completo elogio; pues son tales los aplausos y la veneracion con que le celebra el mundo, que en diciendo Santo Tomás de Aquino, está todo dicho.

¡Qué elogios no merece igualmente el ilustre General de los Menores San Buenaventura! Este Cardenal Serafin es el árbitro supremo de los negocios mas importantes de su siglo; el alma de los Concilios; el sabio, cuya celestial doctrina aplaude toda la

Iglesia. Vedle en medio de los Cardenales congregados en Viterbo para elegir al sucesor de Clemente IV; pero divididos entre sí, y discordes los votos, se vieron precisados á comprometerse en el Doctor Seráfico; Buenaventura habla, y los ancianos de Israel callan en su presencia; aquella ilustre asamblea escucha con respeto su dictamen, él solo forma un cónclave entero, toda la Italia recibe de su mano á Gregorio X por legítimo Pontífice, y Roma admira lo que jamas vió la Iglesia desde su nacimiento, y acaso no lo volverá á ver; esto es, un hijo de Francisco, en quien reside toda la autoridad de un cónclave, y en quien descansa toda la fuerza del Espíritu Divino. Vedlo en el Concilio general de Leon sentado á la derecha del supremo xefe de la Iglesia, resplandeciendo como una antorcha refulgente, reuniendo con su eloqüencia la Iglesia Latina con la Griega, y ligando á los Obispos del Oriente al carro triunfal de la Santa Silla. Ved por último sus prodigiosas obras recibidas como oráculos de la fé en el Sínodo general de Florencia, y aprobadas por tres Sumos Pontífices con los mas magníficos elogios.

Inferid de aquí el mérito inmortal que han contraido con la Iglesia Domingo y Francisco por la fundacion de sus dos grandes Ordenes. Mérito inmortal, he dicho, porque estos dos Ordenes están marcados con el sello de la inmortalidad, y á pesar de la injuria de los tiempos permanecerán mientras duren los siglos venideros; los monumentos profanos que levanta el espíritu del orgullo y de la ambicion se arruinan sucesivamente; aquellas conquistas ruidosas de los Césares, Alexandros y Anibales no han podido perpetuar el verdor de sus laureles; la memoria de los Amurates, Solimanes y Bayacetos, que erigieron el trono de sus Califas so-

ber las ruinas del universo, desapareció á manera de aquellos meteoros que brillan, deslumbran, fenececen y se convierten en tinieblas; pero los sagrados establecimientos de Domingo y Francisco no espiraron con ellos en el sepulcro; los felices sucesos de sus discípulos han eternizado los de sus Santos Fundadores, y aquellos países que no tuvieron la dicha de conocer á los padres, los han conocido en los hijos; hoy mismo admira el mundo los prodigios que entonces solo vió con la esperanza, y se da el parabien de recoger el espíritu de tan santos Patriarcas en los herederos de su zelo, que han llevado su nombre y su fama hasta los últimos términos de la tierra.

No es paradoxa, Señores, los Predicadores y Menores han llevado sus gloriosas empresas de un extremo al otro extremo del mundo, y han surcado los mares de un cabo á otro del Océano; ellos se han familiarizado con los Canibales, Trogloditas, Mamelos, y todos los pueblos antropófagos, penetrando hasta los climas adonde la avaricia de los hombres, ni la ambicion de los conquistadores no han podido llegar con sus deseos; ellos evangelizaron á los Indios de Oriente y Occidente, animando con su exemplo á los dignos obreros de otras Religiones que han caminado despues sobre sus huellas y vestigios; sabemos que fué un Obispo Minorita quien recibió en Goa á San Francisco Xavier, y le asistió con paternal benignidad; así como no ignoramos que las playas americanas fueron inaccesibles al Evangelio antes de la venida de los Predicadores y Menores, del mismo modo que el nuevo mundo fué desconocido antes del insigne Colon. Por eso el inmortal Carlos III decia, que mas quería una mision de Franciscos en la América, que un batallon de soldados en la Europa; y el piadoso

Monarca San Luis juzgó que estos obreros evangélicos eran todo el consuelo y la gloria de su reyno.

Y ved aquí que estos grandes y maravillosos frutos que han producido las dos familias sagradas, hacen ver la excelencia de su causa, y prueban con evidencia que despues de los Apóstoles no ha habido Santos que hayan trabajado mas en beneficio de la Iglesia que los dos grandes Patriarcas, cuya memoria veneramos, ni á quienes por consecuencia deba manifestar con mas justicia su reconocimiento la Religión christiana, supuesto que en la solemnidad que consagra á estos dos Santos, se renueva la memoria del precioso don que hizo Dios á su Iglesia, concediéndola dos varones extraordinarios que la protegiese en el apuro de sus necesidades y aflicciones: *Ipse dedit quosdam Apostolos.... in opus ministerii in ædificationem Corporis Christi.*

Vos, Señor, que quisisteis criar á Domingo y Francisco para reparar vuestra Iglesia, y tuvisteis á bien de derramar vuestras mas abundantes bendiciones sobre la posteridad de unos Padres tan santos; hablasteis y se abrieron las entrañas de la tierra para recibir dos renuevos que bien presto crecieron en frondosos árboles, y cubrieron con su sombra todo el mundo: su cima superó á las mas altas cumbres de los cedros del Libano, sus ramas se extendieron de un mar al otro mar, y ocuparon las mas florecientes ciudades. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios la obra de vuestras manos: *Respice de cælo et vide, et visita vineam istam.... quam plantavit dextera tua.* Derramad vuestras gracias sobre estas dos familias para que continuen imitando las huellas de sus gloriosos Padres, y consigan á un mismo tiempo el mérito de su propia santificación, y los progresos de su ministerio apostólico.

Juntemos hermanos míos nuestro zelo al de nues-

tros Santos fundadores, hagamos con nuestro exemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros fieles aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesuchristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.

SERMON II.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

Quæsi vi sponsam mihi eam asumere, et amator factus sum forme illius.

Sap. cap. 8.

Me propuse tomarla por esposa, y me constituí zeloso y fiel amante de su gloria.

Si alguna vez fuera lícito á un orador christiano entrar en la responsabilidad de llenar la universal espectacion de su auditorio, seria sin duda en este dia consagrado á la solemnidad de una Virgen heroyca, cuyo solo nombre basta para su mayor elogio. Porque ¿qué argumento mas ventajoso podía presentarme la suerte, que el empeño de elogiar á una Santa, que por medio de las mas sublimes virtudes llegó á la mas alta perfeccion, de que es capaz la criatura en el curso de esta mortal vida, que trilló unos caminos nuevos y desconocidos hasta su tiempo, y se llenó de una doctrina sobre humana, que despues de doscientos años añade cada dia á su reputacion un nuevo sello de inmortalidad? ¿A una Virgen en quien se reunieron la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judit, que fué al mismo tiempo Apóstol, Profeta y Legislador, nuevo Pablo en sus éxtasis, y nuevo Agustin en sus escritos? ¿A una Virgen en quien nada habia que no fuese prodigioso; entendimiento claro y sublime, alma grande y heroyca, espíritu varonil y constante, corazon intrépido y